

IN MEMORIAM

Cardenal Velasio De Paolis, C.S.

Tuve la gracia de conocer al Cardenal Velasio De Paolis en 1996. Ese año iniciaba mis estudios para la Licenciatura en Derecho Canónico en la Universidad Gregoriana, donde el conocido como «Padre» De Paolis era profesor.

Ya antes de llegar a Roma, de todas maneras, su nombre me era familiar: había oído hablar de él a miembros del Instituto, y sobre todo a los superiores, que alguna vez le requerían asistencia canónica y, más aún, su sabio y valioso consejo con el que nos ha ayudado y guiado hasta el fin de su vida y por el cual le estamos infinitamente agradecidos.

El Cardenal De Paolis fue el relator de mis tesis de Licenciatura y Doctorado. Además de tratar con él por cuestiones académicas, lo hacía también de manera frecuente por asuntos relativos a mi Instituto; y a partir de 2007 tuve la gracia de estar cada vez más cerca suyo, hasta el último día de su vida, en calidad de secretario personal. El Cardenal ha sido para mí mucho más que un profesor. Ha sido un maestro de vida y un padre.

La estima que tengo por él me ha impulsado a escribir *in memoriam*, aun siendo consciente de mi incapacidad y pobreza de palabras. Aquel que, como yo, haya tenido la gracia de conocerlo, pudo seguramente apreciar los rasgos característicos de su singular y multifacética personalidad. Él era «el profesor», «el jurista», «el Padre y Pastor», «el sabio», «el hombre de Iglesia».

DIÁLOGO 73

Estas breves líneas intentan resaltar estas cualidades, entre otras muchas que tenía nuestro querido Cardenal.

SUS ORÍGENES

El «Padre» De Paolis, como le gustaba que lo llamaran, provenía de una familia humilde de Sonnino, pueblo de la Provincia de Latina, donde nació el 19 de septiembre de 1935. Creció y vivió junto a sus hermanos: Alfredo (que murió cuando tenía 7 años), Loreto (sacerdote y misionero de la misma congregación de los Padres escalabrinianos), Sergio, Alfrida y Angelo.

Sabía agradecer hondamente a Dios por el don de la fe recibido a través de sus padres, que habían formado una familia con valores profundamente cristianos.

La amorosa Providencia de Dios se manifestó sobre él de un modo singular desde los inicios de su vida. Afectado por una grave enfermedad y tras haber agotado toda esperanza con los médicos terrenos, su mamá, Quirina, decide llevarlo ante la Virgen de Pompeya para pedir al Médico Celestial, por medio de la materna intercesión de María Santísima, la curación de su hijo. Su salud se restableció milagrosamente y, en recuerdo de aquella gracia, llevaría luego en la cruz pectoral la imagen de la Virgen de Pompeya.

Contaba el Cardenal otro suceso que reputaba como gracia concedida del cielo. Sucedió en Bassano del Grappa (región del Véneto, en Italia), siendo un joven sacerdote. Habiendo salido un domingo después del almuerzo, junto con un compañero de comunidad, a dar un paseo por la calle que costaba al entonces gran seminario de los escalabrinianos, un auto perdió repentinamente el control precipitándose contra ellos. El compañero del Padre Velasio murió al instante, pero él no fue tocado siquiera.

EL RELIGIOSO

Desde pequeño tuvo certeza de su vocación a la vida consagrada y sacerdotal. Con tan solo once años dejó su querido pueblo y su familia para irse muy lejos, a la provincia de Vicenza, región del Véneto, en el norte de Italia. Solía referirse, con su típico sentido del humor, al hecho de que hoy no se tiene el mismo cuidado que se tenía antes por las vocaciones tempranas: «estoy contento de haber nacido en mi época, y así haber podido entrar de pequeño al seminario, porque si hubiese nacido hoy, no sé qué habría sido de mi vida».

El 20 de septiembre de 1955 emitió su primera profesión en Crespano del Grappa y, tres años más tarde, el 4 de octubre de 1958, la profesión perpetua en Piacenza (Emilia Romagna), ciudad en la que recibió también la ordenación sacerdotal el 18 de marzo de 1961 en la casa madre de su Instituto.

Los superiores, conscientes de las particulares dotes intelectuales del Padre Velasio, lo enviaron para ulteriores estudios a Roma, en donde obtuvo el doctorado en Derecho Canónico en la Pontificia Universidad Gregoriana, una licenciatura en Teología en la Pontificia Universidad Santo Tomás de Aquino, y el título de jurisprudencia en la Universidad La Sapienza de Roma. Realizó también estudios de teología moral en la Academia Alfonsiana de la Pontificia Universidad Lateranense.

En su congregación desempeñó diversos cargos: profesor de teología moral y de derecho canónico en el estudiantado teológico desde 1964 hasta 1970; rector del estudiantado teológico desde 1970 hasta 1974; consejero provincial desde 1970 hasta 1974; consejero general desde 1974 hasta 1980 y procurador general desde 1974 hasta 1986.

Fue un religioso ejemplar, humilde, dócil, pobre y simple. Tuvo una sólida formación, de la que hablaba siempre con sentimiento de

gratitud. En julio de 2016, ante 60 hermanas reunidas en Capítulo General, recordaba así su año de noviciado junto a los religiosos escalabrinianos:

«yo recuerdo cuando hice el noviciado, hace sesenta años, en el 1954-1955. Era el año mariano. Recuerdo muy bien este año de noviciado. Convertirse en religioso significaba comprometerse ascéticamente en la vida, y era algo importante; por eso la mortificación, el sacrificio, la obediencia, la disponibilidad, eran las virtudes más requeridas. Y, de hecho, existía una formación ascética muy fuerte; para nosotros, el año de noviciado era un año verdaderamente extraordinario. Además, estaba marcado por las así llamadas “pruebas del noviciado”, continuas pruebas sobre la obediencia: cuando se cuenta de algunos santos o santas que, en el noviciado, los mandaban a recoger el agua con cestos, o a plantar un árbol con las raíces hacia arriba; sí, son relatos legendarios, pero no están tan lejanos de aquello que se quería. El Maestro, en algunos momentos quería ver si habíamos aprendido o no la obediencia. Además, estaba el examen de las culpas. Recuerdo bien cuando teníamos este examen: Cuando tocaba el turno de cada uno debíamos escribir los defectos de los otros. Luego, el Maestro los leía en voz alta. Actualmente, pensándolo bien, no sé si leía lo que nosotros habíamos escrito, o lo que él escribía. Era un momento muy difícil. Seguidamente, teníamos el famoso capítulo de culpas: si sucedía algún inconveniente, éramos convocados en el refectorio, durante la cena debíamos postrarnos y decir: “Queridos hermanos, confieso mi culpa..., ahora, la santa obediencia me impone de...”.

Es verdad que era una ascética muy fuerte, y la vida religiosa era marcadamente centrada en la ascesis, más que en una visión de imitación y seguimiento de Cristo; pero estoy contento con esa formación, me sirvió para hacer los votos, para

IN MEMORIAM CARD. VELASIO DE PAOLIS

permanecer fiel al Señor, y ahora he llegado a los 81 años, o sea que tengo 60 años de vida religiosa, ¡60! Si una formación sostiene a una persona durante 60 años, podemos decir que es eficaz, ¿no?».

Y agregaba:

«en la vida religiosa nosotros tenemos los votos y los consejos evangélicos. Tengan presente que los votos son la dimensión jurídica que es necesario tener, porque en la vida es necesario que haya ciertas cosas bien precisas. Pero la virtud no tiene límites, la Iglesia pone los límites en cuanto a lo que respecta al voto de pobreza, al voto de castidad, al voto de obediencia, pero a las virtudes no pone ningún límite porque sabe que no somos nunca demasiado virtuosos en la castidad, en la pobreza, en la obediencia. Y nosotros estamos llamados no solamente a observar los votos, sino a realizar el ideal pleno de la vida consagrada que es la persona de Nuestro Señor Jesucristo, [el hacernos] una memoria viviente de Nuestro Señor Jesucristo [cf. San Juan Pablo II, *Vita Consecrata*, n. 22]. Nuestra castidad es la castidad de Jesús, nuestra pobreza es la pobreza de Jesús, nuestra obediencia es la obediencia de Jesús» (Conferencia a las Hermanas del Instituto “Servidoras del Señor y de la Virgen de Matará”, 8 de julio de 2016).

El Cardenal De Paolis fue un testigo constante del gran don que significa la vida consagrada, y manifestaba siempre sentimientos de gratitud hacia Dios por haber sido llamado a seguir a Jesús de ese modo, más de cerca, ya desde niño.

Amaba la vida consagrada, amaba ser religioso y amaba su Instituto. Con ocasión de su consagración episcopal, en las palabras pronunciadas al final de la ceremonia, expresaba su gratitud por el don de la vida religiosa: «agradezco ante todo a Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo. En

su proyecto de amor, Dios no solo me ha dado la vida, la fe y la vocación religiosa misionera en la congregación de los Misioneros de San Carlos; sino que ha querido darme, incluso, el don de la plenitud del sacerdocio, conformándome a Cristo buen Pastor e incluyéndome en el Colegio de los Obispos, sucesores de los Apóstoles». Y más adelante, en el mismo agradecimiento: «Ante todo debo agradecer a mi familia religiosa, la congregación escalabriniana, aquí presente en la persona del Superior General, P. Isaia Birillo, y su consejo; y muchos compañeros, que han querido hacerme sentir particularmente su cercanía y fraternidad. A la Congregación debo lo que soy como sacerdote, religioso, misionero y docente» (Palabras pronunciadas en la Basílica de San Pedro, el 21 de febrero de 2004).

EL JURISTA

Por su eminente formación cultural y humanista, filosófica y teológica, y sobre todo en la ciencia canónica; fue llamado a colaborar con diversos Dicasterios de la Curia Romana. Fue consultor del Pontificio Consejo para la interpretación de los Textos Legislativos, referendario y después juez del Supremo Tribunal de la Asignatura Apostólica, consultor de la Congregación para la Doctrina de la Fe, consultor de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica, consultor de la Congregación para el Clero, consultor de la Congregación para las Iglesias Orientales, consultor de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos, y Vicario Judicial del Tribunal Eclesiástico del territorio de la Ciudad del Vaticano.

El 30 de diciembre del 2003 San Juan Pablo II lo nombró secretario del Supremo Tribunal de la Signatura Apostólica, elevándolo al mismo tiempo a la dignidad episcopal. El 21 de febrero de 2004, recibió la ordenación episcopal en la Basílica de San Pedro de manos del entonces Secretario de Estado, el Cardenal Angelo Sodano.

El 12 de abril de 2008 fue nombrado por el Papa Benedicto XVI presidente de la Prefectura de los Asuntos Económicos de la Santa

IN MEMORIAM CARD. VELASIO DE PAOLIS

Sede, cargo que mantuvo hasta el 21 de septiembre del 2011. En el Consistorio del 20 de noviembre de 2010 el mismo Pontífice le creó Cardenal para la Diaconía de Jesús Buen Pastor alla Montagnola.

Como Cardenal fue nombrado miembro de diversos Dicasterios de la Curia Romana: de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, de la Congregación de las Causas de los Santos, del Supremo Tribunal de la Signatura Apostólica, del Pontificio Consejo para los Textos Legislativos y de la Administración del Patrimonio de la Sede Apostólica.

El Papa Benedicto XVI, conociendo las grandes y variadas cualidades del Cardenal De Paolis, además de su altísima competencia en el campo del derecho canónico, particularmente en el derecho de los religiosos; le confió el 9 de julio de 2010 la delicada tarea de gobernar en su nombre, como Delegado Pontificio, la Congregación de los Legionarios de Cristo. El Cardenal desempeñó esta misión con grandísimo empeño, espíritu de sacrificio y no sin sufrimientos.

También el Papa Francisco se ha servido del Cardenal De Paolis como estrecho colaborador confiándole, el 18 de enero de 2016, la tarea de presidir la Comisión para el estudio de las competencias relativas a la Administración del Patrimonio de la Sede Apostólica (APSA) y de la Secretaría para la Economía.

El Cardenal De Paolis fue particularmente apreciado por los tres últimos Papas: Juan Pablo II, Benedicto XVI y Francisco. Ellos confiaron en él y le encomendaron tareas muy delicadas y difíciles, y él, con gran espíritu eclesial y deseo de servir a la Iglesia de Cristo en la persona de sus vicarios, fue un siervo fiel que no desilusionó las expectativas de los Sumos Pontífices.

Con ocasión del 50º aniversario de su ordenación sacerdotal, Benedicto XVI le escribió una carta de felicitación, manifestándole su estima y gratitud por la obra realizada al servicio de la Iglesia:

«no podemos olvidar cuantas energías has dedicado en beneficio de los Dicasterios de la Curia Romana, como en otras tareas sumamente delicadas. Por eso, considerando tus insignes virtudes a ti, ministro fiel, confiamos las gestiones de los asuntos económicos de la Santa Sede, a beneficio de las múltiples actividades de la Iglesia. Considerando pues tus méritos y tu excelencia, gustosos te hemos incluido en el Colegio de los Padres Cardenales» (Benedicto XVI, carta al Cardenal de Paolis, 4 de febrero del 2011).

La gran autoridad del Cardenal De Paolis en la ciencia canónica ha sido ampliamente aceptada por los estudiosos del derecho, y reconocida también por la más alta autoridad de la Iglesia. Cuando se conoció la noticia de su muerte, alguno dijo -a mi modo de ver, fundadamente- que había muerto «el último gran canonista».

Sus escritos, en efecto, han sido y son punto constante de referencia porque transmiten no solo una clara, completa y precisa exposición de los argumentos tratados, sino que además ayudan a entender la sabiduría del derecho. El Cardenal ha tenido la capacidad de mirar más allá de la letra de las normas y, en cierto modo, más allá de la misma *ratio legis*.

Profundizaba en problemas complejos y buscaba de iluminarlos con la luz de la suprema ley evangélica que es la caridad, a cuya perfección todo debe estar ordenado, también en el campo jurídico. *Iustitia in caritate* era su lema episcopal, elegido porque fue ordenado Obispo en cuanto secretario del Tribunal Supremo de la Signatura Apostólica. En tal oficio fue llamado a administrar la justicia, y el camino y la meta de la justicia es la caridad; como testifica explícitamente el mismo Derecho canónico cuando afirma sin vacilar que *salus animarum suprema semper lex esse debet in Ecclesia* (can. 1752).

EL PROFESOR

La enseñanza fue la principal actividad del Cardenal De Paolis. El año 1972 comenzó a impartir clases en la facultad de Derecho Canónico de la Pontificia Universidad Gregoriana. En 1987 fue llamado para enseñar también en la Pontificia Universidad Urbaniana, primero en calidad de profesor agregado de la facultad de Derecho Canónico, y más tarde como profesor ordinario. En 1998 fue allí mismo nombrado Decano.

No guardaba más que buenos recuerdos, llenos de gratitud, de aquellos años en que se desempeñó como profesor en la Universidad Gregoriana. Fueron sus mismos profesores, aquellos que lo habían guiado como alumno en los estudios de su juventud, los que lo invitaron a colaborar con ellos ahora en calidad de profesor. Sus nombres estaban siempre vivos en su memoria, sobre todo el del P. Olisio Robleda, S.J., su gran maestro que, de modo particular, le había hecho don de su amistad y confianza. Los padres Urbano Navarrete, S.J., Jean Beyer, S.J., e Ignazio Grodon, S.J.; fueron también para él maestros y padres. De manera especial gozó de la estima y amistad del P. Navarrete. Decía que lo que él era lo debía a la Gregoriana, y en particular a estos profesores que le comunicaron su ciencia y su sabiduría. Sintió siempre a la Universidad Gregoriana como parte suya, tanto como lo testimonian estas palabras del día de su consagración episcopal:

«deseo agradecer a la Universidad Gregoriana, a la cual me siento particularmente ligado, por todo lo que allí he recibido, ya sea en los años de estudio como en los de enseñanza. Las personas que debería mencionar son muchas: desde el Rector hasta los tantos profesores, de los cuales algunos han pasado al Señor, a los alumnos numerosos. Entre los profesores, permítanme dos nombres: P. Olisio Robleda, fallecido en el 1980, y P. Urbano Navarrete, aquí presente» (palabras

DIÁLOGO 73

pronunciadas en la Basílica de San Pedro, el 21 de febrero de 2004).

Se había especializado particularmente en los campos de derecho penal, de los bienes temporales de la Iglesia, y de la Vida consagrada; pero esto no le impidió afrontar, estudiar seriamente, e iluminar con preclaros escritos; todas las principales cuestiones relativas al derecho canónico, y en todos los ámbitos: historia, filosofía y teología del derecho, las normas generales, las asociaciones de fieles, el *munus docendi*, y el derecho sacramental, penal y procesal. No hay libro del Código de Derecho Canónico que no haya tratado e iluminado con su docta y sabia pluma.

Los escritos de nuestro Cardenal se caracterizan por el equilibrio, la prudencia, la profundidad, el discernimiento de los distintos aspectos señalando lo esencial y destacándolo de lo accidental, esclareciendo, ordenando y distinguiendo. Estos son, sin duda, frutos de una plena madurez, de su capacidad de mirar las cosas desde arriba y desde los primeros principios, basado sobre un absoluto dominio de todo el Código de Derecho Canónico y una coherencia irrefutable en todas las argumentaciones, sosteniendo posiciones aparentemente privadas de un soporte normativo directo e inmediato, pero fundamentadas sobre razones de lógica interna, agudamente halladas en el conjunto del sistema normativo canónico y profundamente analizadas y justificadas.

Su querido amigo, el Cardenal Urbano Navarrete, recordaba:

«Mirando en síntesis la actividad apostólica del P. De Paolis, no puede no suscitar admiración el hecho de que haya tenido la posibilidad de escribir tanto y sobre tan variados argumentos. El P. De Paolis tiene el don de la claridad y de la simplicidad de estilo, tanto que, aun cuando afronta problemas complejos, lo hace con un lenguaje fácil que todos pueden

entender sin esfuerzo. Posee también una capacidad particular de individuar los problemas en su esencialidad que expone gradualmente hasta penetrar en profundidad las cuestiones. Por esta cualidad del autor, los escritos del P. De Paolis afrontan la materia de modo personal e independiente, recurriendo con suma sobriedad a las notas al pie de página para confirmar con la autoridad de otros, las propias afirmaciones» (Urbano Navarrete, «laudatio», in *Iustitia in Caritate. Miscellanea di studi in onore de Velasio de Paolis*, Ciudad del Vaticano, 2005, p. 18).

EL PADRE Y PASTOR

La enseñanza fue la primera ocupación, y además el primer apostolado del Cardenal De Paolis. Con sus innumerables alumnos fue capaz de establecer una relación de amistad y también de auténtica paternidad, aún fuera del aula, edificándolos a todos y recibiendo de ellos la recompensa del afecto y la estima.

Aun siendo la del Padre De Paolis una vida dedicada a la profundización y a la enseñanza del derecho canónico, no le faltaron fuerzas para entregar también parte de su tiempo al estudio de las Sagradas Escrituras, los escritos de los Padres de la Iglesia y los grandes autores clásicos de la espiritualidad. Fruto de este estudio son las numerosas partidas de Ejercicios espirituales que dictó a seminaristas, sacerdotes y religiosas de distintos Institutos. Los predicó sobre el Evangelio de Mateo, Marcos, Lucas y Juan; sobre la oración del Padrenuestro (publicado con el título: *La preghiera del discepolo*, Milán 1991); sobre la carta a los Efesios, sobre los Dones del Espíritu Santo; sobre la Virgen María; sobre las virtudes teologales y cardinales, sobre la Eucaristía y el Sacerdocio, sobre la Vida Consagrada, sobre los distintos tiempos del año litúrgico (Adviento, Cuaresma y Pascua) y sobre la Santa Misa. Recuerdo que, en los últimos años de su vida, decía a menudo que quería dedicarse al estudio de la Sagrada Escritura y no ya al del derecho.

Son numerosos los Institutos de vida consagrada de toda clase, que recurrían a él para pedir consejo y orientación en problemas delicados y difíciles. De modo particular ha ayudado y guiado a numerosas congregaciones de religiosas. Por ellas tuvo una singular estima, ya desde su infancia, y una vez me contó el motivo. Cuando estaba en el seminario menor, a menudo no quería tomar la sopa que le ponían delante y permanecía en su lugar sin comer. Cuando los otros niños terminaban y se iban del comedor, se le acercaba una religiosa que estaba en la cocina y quitándole el plato de sopa, le daba de comer otra cosa, que a él le gustaba. No sabemos quién haya sido esa hermana llena de ternura por aquel niño tan «caprichoso», pero su maternal modo de comportarse hizo que el pequeño Velasio cultivase no solo una gran estima por las religiosas, sino también un gran sentimiento de gratitud hacia ellas, que buscó mostrar a lo largo de toda su vida estando siempre dispuesto y pronto para ayudar a las religiosas y a los Institutos de religiosas que acudían a él.

Con gran celo y corazón sacerdotal, durante más de cuarenta años, fue cada día a las hermanas Ursulinas del Sagrado Corazón de Jesús agonizante, en calle del Casaletto (Roma), para celebrar la Santa Misa. Se preparaba cuidadosamente la tarde anterior para la celebración del día siguiente, leyendo y meditando el Evangelio y preparando la homilía. Siendo ya emérito y de edad avanzada, comenzó a sentir el peso de tener que salir cada mañana a las 6:20 para celebrar esta Misa, pero no quería abandonar tal compromiso mientras tuviese fuerzas para hacerlo porque, en su decir, *un cura está bien cuando hace de cura (un prete sta bene quando fa il prete)*, es decir, cuando celebra la Misa, predica, confiesa, etc.

Era ante todo y sobre todo un sacerdote y un pastor que consideraba su ministerio, principalmente la celebración de la Eucaristía y el anuncio de la palabra de Dios, como la actividad más importante de su vida.

Aceptaba gustoso las distintas invitaciones que le llegaban para ir aquí y allí, por toda Italia, e incluso al exterior, para dar conferencias, cursos de Ejercicios espirituales, o para la celebración de Misas Pontificales. Se trataba de un momento particularmente grato para el Cardenal, porque le permitía encontrarse con la gente y era además una ocasión para intercambiar opiniones sobre varios argumentos, sobre todo para iluminar las mentes con la predicación de la palabra de Dios y con su particular visión de fe sobre el misterio de Dios, del hombre y de la Iglesia. Todos los que entraban en contacto con él quedaban edificados.

EL SABIO

Así describe Santo Tomás el don de la sabiduría: «es don del Espíritu Santo, que permite juzgar rectamente de las cosas divinas, y las demás cosas en conformidad con las razones divinas, en virtud de cierta connaturalidad o unión con lo divino. Esto, como hemos visto, es efecto de la caridad» (S. Th, II, II, q.45, a.4). Nuestro Cardenal comenta: «Se trata por lo tanto de un conocimiento eminente de Dios; pero de un conocimiento que tiene su sede en el corazón: es causada por una íntima unión con las cosas divinas. El sabio no es aquel que sabe las cosas divinas, sino el que las vive; no es aquel que habla de Dios, sino quien contempla a Dios. La sabiduría tiene su principio en el amor: aquel amor que no tendrá fin (1 Cor 13,8). La sabiduría tiene, sin embargo, un aspecto práctico: tiene la misión de dirigir toda la actividad humana. De hecho, la sabiduría nos lleva a juzgar las cosas humanas según los criterios divinos, criterios que están contenidos en el amor de Dios, que se nos ha revelado en Cristo Jesús. Los criterios divinos son una persona: Cristo Jesús, como vive en el evangelio. Él es el criterio de nuestro obrar» (*Lo spirito della sapienza - El espíritu de la sabiduría*).

Los testimonios de aquellos que han conocido al Cardenal De Paolis coinciden en afirmar que era un hombre sabio. Inmediatamente se

percibía que se estaba delante de una persona sabia, que miraba y juzgaba las cosas con una visión sobrenatural, a la luz de la fe. Por esto era continuamente buscado para someter a su prudente juicio y sabiduría las cuestiones más variadas. No solo los Sumos Pontífices han puesto su confianza en él, encargándole tareas delicadas y pidiendo su autorizado parecer en cuestiones diversas relacionadas con la vida de la Iglesia; sino también Obispos, sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos. Se cuentan por centenares los pareceres dados a las consultas que le hacían los Dicasterios de la curia romana, y los Obispos, sacerdotes y religiosos de todo el mundo. Todas sus respuestas y todos sus consejos traslucen aquella sabiduría que es don del Espíritu Santo, fruto de su profunda unión con Dios. Quien se acercaba a él quedaba admirado no sólo por su conocimiento del derecho canónico, sino sobre todo por la prudencia y sabiduría con las que afrontaba no solamente las cuestiones relativas al derecho, sino las más variadas y complejas realidades de la vida del hombre y de la Iglesia.

Es sabido que San Juan Pablo II quedó fuertemente impresionado por el equilibrio y la prudencia del Padre Velasio una vez que fue invitado para tratar un tema particularmente delicado y de difícil solución. El Padre Velasio habló último aquella vez, después de los otros expertos convocados, y su sabiduría despertó la admiración del Papa, quien desde ese momento pidió siempre su parecer cuando se trataba de problemas que requerían gran discernimiento.

LA HORA DE LA PRUEBA

Sabemos que Dios pone a prueba a sus elegidos. Y así hizo con su dilecto hijo, el Cardenal De Paolis.

Enfermo de mal de Parkinson y afectado también por un tumor al cerebro (glioblastoma multiforme grado IV), quedó notablemente limitado en sus capacidades, de modo particular en lo que se refiere a la comunicación, tanto oral como escrita. A mediados del año 2016 comenzó a referir un estado general de confusión que, poco a poco, lo

fue limitando, primero a no poder expresarse en modo lógico y lineal, y después, casi al final, a ni siquiera permitirle hablar.

Dios le había concedido el don de la sabiduría, que todos han podido apreciar escuchando sus reflexiones y leyendo sus escritos, pero, golpeado por la enfermedad, fue sometido a la prueba. El sabio no podía ya expresarse en modo coherente, y hacia el final había quedado incluso sin palabras: Dios le había dado el don de una extraordinaria capacidad intelectual, fuera de lo común, como un don precioso que él supo poner al servicio de la Iglesia y del prójimo. Ahora este gran don, en un cierto sentido, Dios se lo había «quitado», para purificarlo en el crisol de la prueba, y para que confiase y se abandonase sólo a la fuente de todo bien y de todo don perfecto que viene de lo Alto.

Así se convierten los probados en «amigos de Dios», como afirma la Escritura: «Recordad que vuestros padres fueron sometidos a la prueba para ver si en verdad temen a Dios. Recordad cómo fue tentado nuestro padre Abraham y cómo a través de la prueba de muchas tribulaciones se convirtió en amigo de Dios. Así también Isaac y Moisés y todos aquellos que agradaron a Dios, fueron probados con muchas tribulaciones y se mantuvieron fieles» (Cf. Judith, 8,26; volg. 21b-23).

Aunque el sabio no podía hablar más, continuó, sin embargo, hasta el último día de su vida edificando al prójimo con su serena y confiada resignación y con su ejemplar abandono en las manos de Dios.

EL PASO A LA ETERNIDAD

El P. Velasio se apagó en paz el 9 de septiembre del 2017. Estaban con él las hermanas que lo habían asistido y cuidado (Julia y Antonieta del Instituto de las religiosas Siervas de María Dolorosa) y también Monseñor Brian Ferme, que durante los últimos meses visitaba todos los días al Cardenal, muy caritativamente, para asistirlo en la celebración de la Santa Misa. Después de haber fijado la mirada sobre dos cuadros que tenía en su habitación, uno de Santa Teresa de Jesús y

DIÁLOGO 73

otro de San Carlos Borromeo, cerca de las 10:30 de aquel sábado, día de la Virgen, expiró serenamente. Pocos minutos después llegué yo.

Nuestro querido Cardenal permanecerá siempre en nuestra memoria. Sacerdote y religioso ejemplar, fidelísimo hijo de María, devotísimo de Nuestra Señora de las Gracias de Sonnino, por quien desde niño había cultivado y conservado en su corazón un grandísimo amor y particular devoción; amante de la Iglesia, generoso y siempre pronto en su servicio y del prójimo; profesor fructífero y fecundo; experto en Derecho Canónico; dotado de una inteligencia aguda y profunda; formador y educador; padre y pastor; hermano y amigo; de grande y singularísimo sentido del humor; siempre a disposición de los demás; afable y acogedor; de gran bondad y humildad. Hombre de Iglesia, hombre de fe, hombre de gran esperanza y confianza, hombre de gran caridad, «hombre de Dios» (1 Tim 6,11).

Los sabios brillarán como el esplendor del firmamento... La verdad de esta profecía del Profeta Daniel, a la luz de la vida del Cardenal Velasio De Paolis, resulta particularmente viva y reconfortante. Es verdad que la profecía se refiere al final de los tiempos, pero en cierto sentido, ya desde ahora se puede vislumbrar su realización en nuestros contemporáneos que han tenido el don de la sabiduría, Don del Espíritu Santo, y lo han custodiado y hecho fructificar como siervos buenos y fieles. Ellos han sido y permanecen *como las estrellas por toda la eternidad*.

Sean estas pobres líneas signo de nuestro reconocimiento y gratitud por todo el bien que nuestro querido Cardenal ha hecho a la Iglesia de Dios y que sin duda seguirá haciendo a todos aquellos que entrarán en contacto con sus obras.

P. Diego Pombo, IVE